





I.

LOS ESTREMOS SE TOCAN Y LOS CONTRARIOS SE  
ANUNCIAN.

Nada es tan amenazador como el equinoccio rezagado.  
Hay en el mar un fenómeno feroz que se podría llamar  
la llegada de los vientos del golfo.

En todas las estaciones, particularmente en la época  
de las sicigias, el mar, cuando menos se piensa, queda  
sumido en una tranquilidad extraña.

Se apacigua su prodigioso movimiento perpetuo, y él  
queda como aletargado, lánguido; parece que quiere des-  
cansar; diríase que está fatigado.

Todas las enseñas marítimas, lo mismo el cataviento  
del laud pescador que el gallardete del buque de guerra,

cuelgan á lo largo de los palos. Los pabellones almirantes, reales, imperiales, duermen.

De pronto empiezan todos á moverse discretamente.

Aquella es la ocasion á propósito, si hay nubes, para espiar cómo se forman y acumulan; si es puesta de sol, para examinar la rubicundez de la tarde; si es de noche hace luna, para estudiar los halos y parelias.

Aquel es el momento en que el capitán ó jefe de escuadra que tiene la fortuna de poseer uno de aquellos Cristales-de-Tempestad cuyo inventor es desconocido, debe observarlo con el microscopio y tomar sus precauciones contra el viento del Sur si la mistura ofrece un aspecto de azúcar quemado, y contra el viento del Norte si la mistura se deshoja en cristalizaciones parecidas á barrilla ó á palos de abeto.

Aquel es el momento en que el pobre pescador irlandés ó breton, despues de haber consultado algun gnomon misterioso grabado por los romanos ó por los demonios en una de aquellas enigmáticas piedras rectas que se llaman en Bretaña *menhir* y en Irlanda *cruach*, saca su barca del agua.

Sin embargo, la serenidad del cielo y del Océano persiste. La mañana empieza espléndida y la aurora se sonríe, lo que llenaba de horror religioso á los antiguos adivinos, á quienes espantaba al parecer la hipocresía del sol. *Solem quis dicere falsum audeat?*

La sombría vision del posible latente está interceptada al hombre por la opacidad fatal de las cosas.

El mas temible y mas pérfido de los aspectos es la máscara del abismo.

Como se dice: anguila bajo roca, debia decirse: tempestad bajo calma.

Asi se pasan á veces algunas horas, algunos dias. Los pilotos asestan sus anteojos en todas direcciones.

El semblante de los marinos consumados tiene un gesto de severidad que se parece á la cólera decreta de que se apresta al combate.

Se oye de repente un gran murmullo confuso.

Nada se ve.

La estension permanece impasible.

Sin embargo, el ruido crece, aumenta, sube.

El diálogo se acentúa.

Hay alguien detrás del horizonte.

Alguien terrible, el viento.

El viento, es decir, aquel populacho de tinieblas á quienes nosotros llamamos los Soplos.

La inmensa canalla de la sombra.

La India les llamaba los Marouts, la Judea los Querubines, la Grecia los Aquilones. Son las invisibles aves de rapiña del infinito. Son los bóreas que llegan.



Lo que pueden se ignora, lo que quieren se desconoce. Son las esfinges del abismo, y Gama es su Edipo.

En aquella oscuridad de la estension que siempre se agita, aparecen con semblante nebuloso. El que percibe sus lineamentos lívidos en la dispersion que es el horizonte del mar, se siente en presencia de la fuerza irreducible. Diríase que la inteligencia humana les inquieta, y se arman contra ella. La inteligencia es invencible, pero el elemento es inespugnable. ¿Qué hacer contra la ubicuidad que no se puede coger?

El sopló se hace maza, y luego se vuelve otra vez sopló. Los vientos combaten devastando y se defienden desvaneciéndose. El que tropieza con ellos tiene que reducirse á simples espedientes. Su asalto diverso y lleno de repercusiones desconcierta. Tienen tanta huida como ataque. Son los impalpables tenaces. ¿Cómo triunfar de ellos?

La proa del buque Argos, esculpida en un roble de Dódena, que al mismo tiempo que proa era piloto, les hablaba. Ellos brutalizaban aquella proa diosa. Cristóbal Colón, viéndoles venir hácia la *Pinta*, les dirigia desde cubierta los primeros versículos del Evangelio según San Juan. Surcouf les insultaba. *Hé aquí la trinca de tunos*, decía. Napier les disparaba cañonazos.

Ellos ejercen la dictadura del caos.

Es suyo el caos. ¿Qué hacen de él?

Algo que es implacable.

El antro de los vientos es mas monstruoso que el antro de los leones ¡Cuántos cadáveres bajo sus pliegues sin

fondo! Los vientos azotan sin piedad la gran masa oscura y amarga. Se les oye siempre, y ellos no escuchan nada.

Cometen actos que parecen crímenes. No se sabe contra quién arrojan las blancas moles de espuma.

¡Cuán impía ferocidad en el naufragio! ¡qué insulto á la Providencia! Parece que escupen á Dios. Son los tiranos de los lugares desconocidos.

*Luoghi spaventosi*, murmuraban los marineros de Venecia.

Los espacios estremecidos experimentan sus vias de hecho. Lo que sucede en aquellos grandes abandonos es inesplicable.

Alguien á caballo está mezclado con la sombra. El aire mete un ruido de bosque. No se percibe nada, y se oyen caballerías.

Es medio dia, y de repente viene la noche; un tornado pasa. Es media noche, y de repente viene el dia: el efluvio polar se alumbra.

Los torbellinos alternan en sentido inverso, y forman una especie de danza repugnante.

Una nube demasiado pesada se rompe por la mitad, y cae al mar hecha pedazos. Otras nubes de color de púrpura dan luz y truenan, y luego se oscurecen lúgubrememente; la nube que ha vaciado el rayo se ennegrece como una ascua que se apaga.

Sacos de lluvia se rompen y disuelven en bruma. Allí una fragua en que llueve; mas allá una ola de que se desprende una llama.

Los albores del mar debajo del aguacero alumbran lontananzas sorprendentes; se desfiguran sin cesar enormes moles de que se destacan monstruos errantes. Inmensos fosos ahuecan las nubes. Los vapores giran, las olas saltan; las náyades ruedan ébrias; á lo lejos, hasta perderse de vista, el mar macizo y blando se mueve sin perder terreno; todo es lívido, y salen de aquella palidez gritos desesperados.

En el fondo de la oscuridad inaccesible, tiritan grandes gavillas de sombra.

Y hay parasismos momentáneos.

El rumor se convierte en tumulto y la ola pequeña se hace grande.

El horizonte, superposicion confusa de oleadas, oscilacion sin fin, murmura continuamente en voz baja; saltan en él de una manera estraña restos fracasados; diríase que hay hidras que estornudan.

Sobrevienen bocanadas de aire frio, y despues bocanadas de aire caliente. La trepidacion del mar anuncia un pavor de que participa todo.

Inquietud, angustia, terror profundo de las aguas.

De repente el huracan acude como una fiera para beber en el Océano; succion inaudita; el agua sube hácia la boca invisible, se forma una ventosa, el tumor se hincha; es el sifon, la manga, la tromba marina, el Prester de los antiguos, estalactita arriba, estalagmita abajo, doble cono inverso giratorio, una punta en equilibrio sobre otra, beso de dos montañas, una montaña de espuma que se levanta,

una montaña de nube que descende; espantoso cóito de la ola y de la sombra.

La tromba marina, como la columna de la Biblia, es tenebrosa de dia y luminosa de noche.

Delante de la tromba marina el trueno calla como si tuviese miedo.

La vasta perturbacion de las soledades tiene un diapason; temible crescendo: el chubasco, la ráfaga, la borrasca, el temporal, la tormenta, la tempestad, la tromba, las siete cuerdas de la lira de los vientos, las siete notas del abismo.

El cielo es un plano, el mar una esfera; un soplo pasa, y todo se trasfigura, todo es furia y mezcolanza.

Tales son aquellos lugares severos.

Los vientos corren, vuelan, se abaten, concluyen, vuelven á empezar, se ciernen, silban, mugen, rien; frenéticos, lascivos, desenfrenados, jugando caprichosamente con la ola irascible. Son unos ahulladores que tienen una armonía. Vuelven sonoro todo el cielo.

Soplan en la nube como en una trompeta, soplan en el espacio, y cantan en el infinito, con todas las voces amalgamadas de los clarines, de las bocinas, de los clarinetes, de los trompones, una especie de tocata prometeana.

Quien los oye escucha á Pan.

Y lo que hay mas espantoso es que juegan.

Tienen una colosal alegría compuesta de sombra.

Forman en las soledades la batida ó montería de los buques. Sin tregua, dia y noche, en todas las estaciones,

en el trópico como en el polo, haciendo resonar su loca trompa, arrastran por entre las encrucijadas de la nube y de la ola su caza mayor, los náufragos. Son cabezas de motin, y se divierten.

Hacen junto á las rocas ahullar á sus perros que son las olas. Combinan las nubes y las descomponen.

Petrifican, como con millones de manos, la liquidez del agua inmensa.

El agua es dócil porque es incompresible. Se desliza bajo cualquier presion ó esfuerzo. Si se la empuja por un lado, se escapa por el otro. Asi es como se hace ola. En esta conversion está su libertad.

### III.

#### ESPLICACION DEL RUIDO QUE OIA GILLIATT.

La gran venida de los vientos hácia tierra se verifica en los equinoccios, en cuyas épocas la balanza del trópico y del polo se equilibra, y la colosal marea atmosférica vierte su flujo sobre un hemisferio y su refujo sobre el otro.

Hay constelaciones que significan dichos fenómenos, la Balanza y el Acuario.

Aquella es la hora de las tempestades.

El mar espera y guarda silencio.

Algunas veces el cielo tiene mal cariz. Está pálido, y como velado por una telaraña oscura. Los marinos miran con ansiedad el aspecto severo de la sombra.